

El nombre y la máscara

Alejandro García Abreu

Fernando António Nogueira Pessoa —Pessoa escrito con un acento circunflejo característico— escogió un nombre y trazó un camino bifurcado. Viajó a los orígenes e hizo así, de una experiencia personal e inalienable, una experiencia universal, armónica y transmisible. Expresó su identidad escindida y construyó la imagen propia. Se miró a través de los otros que en él vivieron. Decidió hacer una representación de sí mismo en todos los sentidos posibles. Eligió Fernando, nombre que evoca la inteligencia y la voluntad, y Pessoa, la máscara eterna. Su nombre se diluye a través de la omisión de un acento circunflejo. Es una expresión auténtica de su carácter, su personalidad y su pensamiento. La manipulación ortográfica del apellido fue anunciada a un amigo: “Voy a imponer un gran cambio a mi vida: suprimiré el acento circunflejo de mi apellido”. Pessoa significa persona, y *personne* en la negación francesa, significa nadie. El poeta se ajusta a la definición que Borges hace de Shakespeare en *El hacedor*:

Nadie hubo en él; detrás de su rostro (que aun a través de las malas pinturas de la época no se parece a ningún otro) y de sus palabras, que eran copiosas, fantásticas y agitadas, no había más que un poco de frío, un sueño no soñado por alguien.

El nombre se entiende como la manifestación de la identidad de diversos seres: contiene a todos los Yo, es la encarnación de la multiplicidad. Es más que despliegue: refleja lo nombrado y cada vez que es mencionado refuerza su sentido. El nombre transmite significados de su pensamiento desbordado y escudriña el rostro. “Nombrar es ser. La palabra con que nombra a la piedra no es la piedra pero tiene la misma realidad de la piedra”, escribió Octavio Paz en torno a Alberto Caeiro. La palabra “pessoa” simboliza el fulgor de la personalidad, el anhe-

lo de ser otro: la palabra “persona” proviene de “máscara”, aquella utilizada por los actores en el teatro clásico. Pessoa nació “mirando hacia la parte alta de un teatro —en palabras de João Gaspar Simões—, arrullado por la música inaudible del escenario de San Carlos, escuchando las campanas abstractas de la iglesia de los Mártires”. Lejos de esconderse tras el nombre, justamente por el nombre se revela. “Pessoa” es el nombre del artificio, la teatralidad implícita.



Decidió hacer una representación de sí mismo en todos los sentidos posibles. Eligió Fernando, nombre que evoca la inteligencia y la voluntad, y Pessoa, la máscara eterna.

La pronunciación del nombre se convierte en acto descubridor: provoca el resurgimiento de la galaxia heteronímica. Fue elegido en virtud de una peculiaridad: en él se encuentran todos sus caracteres y su sentido nace de la intención de desdoblamiento. La máscara no oculta, sino muestra. No es únicamente la apariencia de aquél que representa, es el origen al que el individuo ha de retornar. Capta la fuerza dinámica de su obra y efectúa una catarsis. El lenguaje cifrado de la máscara es un símbolo de diversificación, un deseo; deviene en un insaciable apetito creador.

Su nombre es más que un signo de autenticidad, es invocación. A través de él discurren misteriosamente los seres que concibió. Se trata de un soporte de experiencias intelectuales y sensibles; está destinado a fijar la esencia del demiurgo. “El nombre será algo vivo”, como profesaban los antiguos egipcios. Designa sus cualidades vitales; manifiesta la pluralidad. Pessoa ha encarnado a

los heterónimos y se identifica definitivamente con ellos. Ejerce el poder liberador de la palabra y la potencia de su nombre se evidencia en cada uno de los autores que ideó. Dotados de rasgos inconfundibles, intervienen activamente en el acontecer del poeta.

Escribir es aprehender el nombre. La obra de Pessoa recorre setenta y dos personalidades, tres lenguas y 27,543 documentos. El poeta nutrió sus ilusiones, desplegó la capacidad de ser más de un escritor. Mediante un discurso formado por múltiples voces sugirió la imposibilidad de la unidad. Se esforzó por sujetar todo aquello que sostiene el nombre propio. Contrastó una discreta vida exterior y una compleja realidad interior. Deambuló por el mundo bajo una apariencia impostada. El hombre de los heterónimos, confundido voluntariamente entre los individuos que creó, penetró con muchas caras el enigma de la dispersión.

El escapista literario se sentía atraído por la desarticulación de la existencia. Pessoa se repliega como una sombra en el mapa de la imaginación y la literatura constituyen su vínculo interno. Un océano de estímulos se convierte en el punto de unión entre todos los escritores que poblaron su cabeza. Los heterónimos habitan una zona inestable. Estas figuras espectrales son intérpretes del mundo. La umbrosa isla desde la que extienden su mirada es el escenario mutable donde sus existencias vibran con cierta inquietud. Pessoa, de pie en suelo firme, otorgó vida propia y movimiento perpetuo a su obra, que resulta una oda a la soledad y representa la libertad de la errancia y de la ensoñación. Fue capaz de registrar las corrientes del espíritu y se mimetizó para dar forma a su universo interior. En su cosmos de abdicaciones se consumió escribiendo y dedicó todos sus esfuerzos a encontrar una morada. Encerrado en los muros del patio de su imaginación se aferró al papel y a la pluma convirtiéndolos en su única divisa.

El poeta adquirió la condición de personaje y se disolvió en sus textos. Ostentó la asunción voluntaria del nombre como destino y dirección. Demostró que la escritura no es más que una tentativa de escape, la sutil y preciada manera de cubrirse el rostro con las palabras. **[1]**



Alberto Giacometti, *Man Pointing*, 1964

Alejandro García Abreu (Ciudad de México, 1984) es becario de la Fundación para las Letras Mexicanas.